

DE MATASANOS A CIRUJANOS TEMPORADA 3 | EPISODIO 10 | GUION

Miranda Carrete

Tras la pista de Joseph Lister, un héroe olvidado de la medicina, *De matasanos a cirujanos*, nos desvela el truculento mundo de la cirugía victoriana, conjurando el ambiente de las primeras salas de operaciones con camillas llenas de sangre sin limpiar, pisos cubiertos de aserrín y los olores propios de un frigorífico lleno de carne podrida. Médicos más elogiados por su habilidad y fuerza bruta al operar que por sus formas de cuidar a los pacientes.

En vísperas de una profunda transformación de la medicina, estos cirujanos pioneros, conscientes de que las secuelas de una operación menor eran más peligrosas que sus causas, estaban desconcertados por las recurrentes infecciones que se producían tras operar y que mantenían las tasas de mortalidad obstinadamente altas.

En *De matasanos a cirujanos*, Lindsey Fitzharris celebra el triunfo de Joseph Lister, un personaje visionario cuya perseverancia y altruismo al unir ciencia y medicina nos catapultó al mundo moderno.

Federico Martín

Vení, vení pasá. Esto es No-ficción, el podcast de libros de Penguin Random House Grupo Editorial.

Miranda Carrete

Gracias por acompañarnos.

Federico Martín

En No-ficción leemos con vos.

Miranda Carrete

Te invitamos a descubrir nuevos mundos.

Federico Martín

Un viaje sin escalas por de la mano de los autores más reconocidos.

Miranda Carrete

Hoy: *De matasanos a cirujanos*. Un libro de Lindsey Fitzharris. Publicado por Editorial Debate.

Federico Martín

La tarde del 21 de diciembre de 1846, cientos de hombres se agolpaban en la sala de operaciones del hospital University College, donde Robert Liston, el cirujano más famoso de la ciudad se preparaba para fascinarlos con la amputación de una pierna por la mitad del muslo. Cuando se presentaron ahí, no sabían que iban a ser testigos de uno de los momentos más estelares de la historia de la medicina.

El público estaba compuesto por un grupo de hombres eclécticos. En las dos primeras filas estaban los auxiliares que transportaban los materiales necesarios para vendar heridas. Detrás de ellos estaban los alumnos, que no dejaban de darse empujones y cuchichear. En las últimas filas, algunos invitados de honor. Los olores y el vapor que se generaba por la condensación sumaban ambiente a un acontecimiento que antes de ser una práctica médica era un espectáculo.

El voyeurismo no era nada nuevo. Había comenzado en los escasamente iluminados anfiteatros anatómicos del renacimiento, donde cuerpos de criminales ejecutados eran diseccionados ante espectadores cautivados como si se tratara de un castigo adicional por sus crímenes. La macabra demostración se acompañaba en ocasiones de las rítmicas y nada apropiadas notas de una flauta.

Las disecciones públicas eran teatrales, una forma de entretenimiento tan popular como las peleas de gallos o el hostigamiento a osos.

Miranda Carrete

En la década de 1840, la cirugía era una práctica repulsiva con muchos peligros ocultos. Los riesgos no eran pocos, y muchos médicos se negaban rotundamente a operar hasta que fuera estrictamente necesario. Preferían limitar su alcance al tratamiento de dolencias externas, como afecciones de la piel y heridas superficiales.

Los procedimientos invasivos eran escasos y distantes en el tiempo, y este era uno de los motivos por los que tantos espectadores acudían a las salas de operaciones cuando había una intervención. Las cirugías eran siempre el último recurso solo en manos de pacientes con dinero para pagarlas, y sólo se llevaban a cabo en casos de vida o muerte.

Pocos días antes de Navidad, apareció la solución para apaciguar el terrible dolor que los pacientes sufrían durante los procedimientos quirúrgicos: se trataba del éter líquido, una sustancia que permitiría, además, operar con tiempo y acabar con los errores cometidos por la necesidad de intervenir a máxima velocidad. El éter venía de Estados Unidos, y si lo que aseguraban los americanos era cierto, la cirugía podría cambiar para siempre.

Federico Martín

El momento ineludible había llegado. A las dos y veinticinco de la tarde, llevaron en camilla a Frederick Churchill (un mayordomo de treinta y seis años). El joven padecía osteomielitis crónica en la tibia. Una infección ósea bacteriana que le había inflamado y torcido mucho la rodilla derecha. Se le había practicado la primera operación tres años antes. Procedieron a colocar un paño empapado en éter sobre la cara de Churchill para asegurarse de que el paciente no se despertara durante la operación.

Liston abrió un estuche alargado y sacó un cuchillo de amputación de su propia invención, pasó la uña del pulgar por la hoja para probar el filo. Satisfecho y seguro de que haría bien su trabajo, dio instrucciones a su ayudante para sacar la arteria y luego se volvió hacia el público. «*¡Ahora caballeros, calculen el tiempo!*», gritó.

Giro hacia el paciente y sujetó, firmemente con la mano izquierda, el muslo del hombre. Con un movimiento rápido, hizo una incisión profunda por encima de la rodilla derecha. Uno de sus ayudantes aplicó de inmediato un torniquete alrededor de la pierna para detener la hemorragia mientras el cirujano introducía los dedos bajo la piel para tirar de ella. Hizo otra serie de maniobras rápidas con el cuchillo, dejando a la vista el fémur. Luego hizo una pausa. Pasó el cuchillo a unos de sus ayudantes, que a cambio le entregó una sierra y apartó los músculos, que luego se utilizarían para formar el muñón en el amputado.

Liston tardó veintiocho segundos en amputar la pierna derecha de Churchill, durante los cuales el paciente ni se revolvió, ni gritó. Se cuenta que, al despertarse, unos minutos más tarde, el joven preguntó cuándo comenzaría la operación. Con el rostro resplandeciente por la emoción del momento, Liston anunció: «*Caballeros, este truco yanqui acaba con el mesmerismo*». La era del sufrimiento llegaba a su fin.

XF [Transición]

Miranda Carrete

Cortemos el morbo. ¿Sabés qué es un audiolibro? Es un libro que podés escuchar. El mismo libro que lees en papel, pero leído por un locutor, para que lo puedas disfrutar en tus auriculares mientras haces otra cosa.

Por primera vez podrás leer cuando lavas los platos, cuando corres en el gimnasio o cuando vas camino a la facultad para rendir tu primer parcial de cirugía.

No ficción te ofrece 20% de descuento en la compra de tu primer audiolibro. Solo ingresá en audioteka.com, audioteka con ka, elegí cualquier libro de Penguin Random House e ingresá el código “noficcion” (todo junto). Te dejamos los links en la descripción de este episodio.

Listo, ¡nunca pares de leer!

XF [Transición]

Federico Martín

Igual de trascendental que el triunfo de Liston con el éter fue la presencia aquel día de un joven llamado Joseph Lister, un estudiante de medicina que fue testigo de la hazaña. Mientras caminaba de regreso a su casa, deslumbrado y fascinado por un hecho tan espectacular, el inquieto alumno, se dio cuenta de que la naturaleza de su futura profesión cambiaría para siempre.

Ni él ni sus compañeros presenciarían jamás una escena tan horrible y tan angustiada como las que observaban los médicos al operar sin anestesia.

Sin embargo, mientras Lister cruzaba la multitud de espectadores que se estrechaban las manos y se felicitaban por la elección de su profesión y por aquella señalada victoria, era consciente de que el dolor constituía sólo uno de los impedimentos para una buena operación quirúrgica. Lister sabía que durante miles de años la amenaza de la infección, siempre presente, había restringido la actividad del cirujano. Abrir un abdomen, por ejemplo, era una intervención comúnmente fatal a causa de infecciones. También el tórax estaba fuera de los límites de la cirugía.

Miranda Carrete

Tras preguntar a su ayudante por el bienestar de uno de sus pacientes un cirujano del hospital Guy de Londres recibió la respuesta de que el hombre en cuestión había muerto. Escenas como estas eran comunes en Gran Bretaña.

Donde las tasas de mortalidad en los hospitales habían alcanzado un máximo histórico en la década de 1860.

Los esfuerzos por limpiar las salas habían tenido poco efecto sobre las diversas infecciones hospitalarias. En esos años hubo un creciente desacuerdo dentro de la comunidad médica sobre las teorías acerca de las enfermedades prevalentes. El cólera en particular se había vuelto cada vez más difícil de explicar. Casi cien mil personas murieron víctimas de esta enfermedad, solo en Inglaterra y Gales.

Resolver el problema de las infecciones hospitalarias se había convertido en una obsesión para Joseph Lister. A raíz de las investigaciones de Louis Pasteur, el químico y bacteriólogo francés, específicamente con su teoría germinal de las enfermedades infecciosas, Lister encontró con una posible respuesta para explicar por qué sucedían.

Aplicando sus conocimientos, de la presencia en el ambiente de los gérmenes orgánicos, es fácil entender que las bacterias encuentran su alimento más apropiado en las secreciones de las heridas, o en el pus y que lo modifican hasta convertirlo en toxinas que se absorben.

Federico Martín

Lister entendió que el peligro estaba realmente presente en el ambiente alrededor del paciente, y no demoró en comprobarlo. En un solo movimiento elaboró una hipótesis para resolver el problema de las infecciones y además puso en marcha a la joven comunidad científica global.

A comienzos de agosto de 1865, un niño de 11 años caminaba por la ciudad cuando un carro lo arrolló y una de las ruedas le aplastó la pierna. Si había alguna esperanza de salvar la extremidad, tendría que llegar al hospital cuanto antes.

El destino quiso que Lister fuera el médico de guardia que atendió al chico. La fractura no era limpia. La herida abierta estaba contaminada con tierra y polvo de la ciudad. Retrasar la amputación pondría en peligro la vida del niño.

Recordando las ideas de Pasteur, Lister tomó su decisión en una fracción de segundo. Se arriesgaría con el cloroformo y se lo administró al niño. Debía limpiar el desgarrado ensangrentado antes de que los microbios que ya había en la zona se multiplicaran. El doctor comenzó a lavar la herida con ácido carbólico. Luego la cubrió con una masilla para que la solución no fuese arrastrada por la salida de la sangre. Por último, colocó sobre el apósito una tapa de estaño para evitar que el ácido se evapore. Tres días después, Lister fue testigo de la recuperación del niño. Al cuarto día, retiró las vendas. El resultado fue estremecedor. Seis semanas y dos días después del accidente, Lister se ganaba un lugar en los anales de Medicina: había logrado la recuperación del chico. Los antisépticos marcaron un hito en la historia de la ciencia médica.

Veinte años habían transcurrido desde que Lister presenciara la histórica operación de Robert Liston con éter, que inició la era de la cirugía indolora. A medida que las operaciones se volvían más invasivas, la infección postoperatoria fue cada vez más probable. Al eliminar esta amenaza la naturaleza de las cirugías cambió para siempre.

Sin embargo, la historia no termina aquí. Una de las secuelas más sorprendentes del trabajo del Lister fue la constitución de una de las corporaciones más reconocibles en el mundo de hoy. Al igual que el inventor del Listerine, Robert Wood Johnson, también percibió el futuro de la antisepsia cuando escuchó una conferencia de Lister en el Congreso Médico Internacional en Filadelfia. Inspirado por lo que había oído aquel día, Johnson se unió a sus dos hermanos, James y Edward, y fundó una compañía para fabricar los primeros apósitos y materiales de sutura quirúrgicos esterilizados,

que produjeron en masa de acuerdo con los métodos de Lister. La compañía se llamó Johnson & Johnson.

Miranda Carrete

Inspirado por lo que había visto aquella tarde de diciembre de 1846, Joseph Lister pronto dedicó su vida a dilucidar las causas y la naturaleza de las infecciones postoperatorias y a encontrarles una solución. A la sombra de uno de los últimos grandes carniceros de la profesión, comenzó su revolución en la cirugía: el descubrimiento de los antisépticos.

Hector Cameron, antiguo alumno y ayudante de Lister, dijo más tarde sobre su maestro: *«Sabíamos que estábamos en contacto con un genio. Sentíamos que ayudábamos a impulsar algo que haría historia, y que todas las cosas se tornaban nuevas».*

Lo que antes se consideraba imposible era realizable. De pronto, el futuro de la medicina parecía no tener límites.

Federico Martín

En *De matasanos a cirujanos*, Fitzharris nos retrata el siniestro período comprendido entre 1850 y 1875, presentándonos a un elenco de personajes que frecuentaban las sucias escuelas de medicina y lúgubres hospitales donde aprendieron su oficio, las macabras morgues donde estudiaron anatomía, y los cementerios ocasionalmente saqueados en búsqueda de cadáveres que diseccionar.

Miranda Carrete

Lindsey Fitzharris es escritora, conferencista, influencer e historiadora de la medicina. Doctorada en Historia de la ciencia y la medicina por la universidad de Oxford.

El éxito de sus investigaciones y sus numerosos artículos le han concedido numerosos premios de divulgación científica.

Federico Martín

No te olvides. Con el código “noficcion” conseguí un 20% de descuento en todos los libros de Penguin Random House disponibles en la tienda Audioteka. Audioteka con k. Probalo y no pares de leer.

Miranda Carrete

Hoy leímos: *De matasanos a cirujanos*. Un libro de Lindsey Fitzharris. Publicado por Editorial Debate.

Federico Martín

Si te interesó este episodio, también te recomendamos:

La invención de la naturaleza, de Andrea Wulff.

La espléndida biografía de Alexander von Humboldt, el héroe perdido de la ciencia y padre de la ecología.

Miranda Carrete

¡Encontralos en todas las librerías o hacé clic en la descripción de este episodio y compralos ahora mismo!

Recordá suscribirte a No ficción en tu app de podcasts favorita para no perderte ningún episodio.

Federico Martín

Una realización de Tristana Producciones y Mariano Pagella.

“No ficción” es una producción original de Penguin Random House Grupo Editorial.